



## **María en Pentecostés<sup>1</sup>**

*Fray Vito T. Gómez, O.P.*

Nuestra devoción a María nos lleva a contemplarla hoy (víspera de Pentecostés), en ferviente oración, presidiendo a los Apóstoles en el Cenáculo de Jerusalén. Permanecían en oración con María la Madre de Jesús.

El Evangelio de San Juan ha recogido un consejo, una exhortación de María a todos nosotros: «Haced lo que él os diga», dijo a los criados en las Bodas de Caná. A semejante consejo lo llamó San Juan de Ávila «el sermoncillo de María». [...] No puede haber reflexión y exhortación mejor: «Haced lo que Él os diga». Llevad a la práctica cuanto Cristo por medio de su espíritu os va sugiriendo al corazón.

Tal «sermoncillo» comenzó María por llevarlo en sí misma a la práctica. Nos dice el Concilio Vaticano II que el culto principal y más grato a Dios que podemos tributar a María es el de la consideración de sus virtudes, de sus gestos, de sus ejemplos, para llevarlos nosotros a la práctica.

Es verdad que María es la «suma de todas las virtudes de los santos»; así se expresaba nuestro San Luis Bertrán [...]. Y seguía afirmando el Santo que, «madrugó Dios y la preservó de todo pecado mortal, venial y original, pues fue concebida antes que le llegase el pecado original».

María es la «llena de gracia»; la que no tuvo sombra de pecado; la elegida por Dios para ser Madre de su Hijo encarnado, y Madre de la Iglesia, comunidad de los redimidos por la sangre de Cristo. Pero María puso toda su persona al servicio de la gracia y fue creciendo en la misma con un esfuerzo perseverante. En virtud de su afán por hacer desarrollar la gracia, se hizo idónea para recibir a Cristo y para mostrarlo al mundo. Hizo su camino ascendente sostenida e iluminada por la Palabra de Dios. Sus actitudes frente a la verdad revelada, particularmente, deben movernos a su imitación.

### ***Escuchó con «agrado» la Palabra***

Su primera actitud para con la Palabra fue abrirse a ella «con agrado». Es clara manifestación de que amaba a Dios. Cuando nosotros amamos a una persona nos relacionamos de buen grado con ella [...] Tal disposición tuvo María con relación a cuanto el Señor le fue transmitiendo a lo largo de la historia de la salvación. En ella se hizo plena realidad cuanto se afirma en el profeta Jeremías (15:16). «Se presentaban tus palabras, y yo las devoraba; era tu palabra para mí un gozo y alegría de corazón».

Este gozo alcanza cimas indescriptibles cuando se abre a la palabra para que se realicen los planes de Dios; cuando da su consentimiento para ser Madre del Mesías. Los Evangelios ponen en sus labios el cántico del «Magníficat»: se alegra su espíritu en Dios su Salvador.

El ejemplo de María **tiene que movernos** a mantener un trato asiduo y gozoso con la Palabra de Dios. El Concilio Vaticano II pide que la entendamos como «un diálogo ininterrumpido con Dios», que nos ama, y nos quiere abrir por completo su corazón. No debemos, pues, mantenernos indiferentes o fríos con relación a Dios que dialoga con nosotros.

### ***Acogió con fe la Palabra***

La palabra del amigo hay que recibirla siempre con plena confianza; hay que darle fe. Tenemos que fiarnos de él. Es verdad que hay amistades que no lo son, que hay pocos verdaderos amigos, que hay gente que finge amistad para aprovecharse de sus semejantes. También la Biblia ilumina ampliamente este tema, de modo particular en la literatura sapiencial. Se dice allí que hay amigos que causan ruina (Pr 18,24); que la riqueza multiplica los amigos, pero el pobre de su amigo es separado (Pr 19,4); que hay amigos que lo son de ocasión, y no perseveran en el día de angustia (Eclo 6,8).

Pero la Palabra de Dios anima a que nos **relacionemos por medio de la verdadera amistad**, porque, así como el aceite y el perfume alegran el corazón, la dulzura del amigo consuela el alma (Pr 27,9). Es verdad que la amistad es fruto de la apertura a la sabiduría que tiene su fuente en Dios; de esa sabiduría que, aun siendo

sola, lo puede todo; sin salir de sí misma, renueva el universo; en todas las edades, entrando en las almas santas, forma en ellas amigos de Dios y profetas (Sb 7,27).

Dios **sí es amigo que persevera en el día de angustia**; que con su palabra amable quiere multiplicar sus amigos (Eclo 6,5); que no busca lo nuestro, sino que quiere regalarnos lo suyo. De este Dios, así entendido, se fió plenamente María. Su fe fue tan receptiva de la Palabra de Dios que la recibió en su mente y la concibió en sus entrañas. La fe de María encarnó al Verbo de Dios y lo introdujo en la historia humana, Dios se hizo historia nuestra. La fe de María se hizo obediencia y se exteriorizó por medio de aquella respuesta: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su Palabra».

Se convierte así en figura cumbre de fe, a quien tenemos que seguir para agradar a Dios, para salvarnos. Es verdad que nos cuesta la fe. Las verdades que se propone a nuestra fe están envueltas en oscuridad, y quizás también son oscuras, son imperfectas, son débiles las mediaciones que hacen llegar a nosotros estas verdades de fe. Ha sido la gran prueba para todas las generaciones humanas, pero sólo por este camino de la fe hay salvación, aunque muchas veces la comprobación de que existe esa fe en la persona sólo sea conocida por Dios. Con la Iglesia encomendamos a Dios a fieles difuntos, y le decimos «cuya fe, sólo tú conociste». Se nos pide una fe al estilo de María [...]

### ***Hizo vida la Palabra***

La verdad revelada por Dios no es sólo para ilustrar las inteligencias; **es para que la hagamos vida**; para que ajustemos a ella nuestras vidas. María fue una realizadora de la Palabra, aunque no entendiera los planes de Dios. El proyecto de salvar al mundo por medio de la encarnación, por el camino de la humillación, de la pobreza, de la vida oculta tantos años en Nazaret, de la ceguera de los humanos, de la contradicción y persecución, de la muerte más horrenda. Cumplió la Palabra de Dios y, por ello, se hizo, a la par Madre de Dios, Redentor, y Madre de los redimidos.

Su alimento, como el de Cristo, fue cumplir la voluntad del Padre. Cumplió sus promesas al Altísimo (Sal 50,14); al igual que su Hijo, cumplió toda justicia (Mt 3,15), y, porque cumplió su voluntad fue escuchada por Dios (Jn 9,31); cumplió con su ministerio (Col 4,17) y por eso permanece para siempre (1Jn 2,17).

### ***Anunció la Palabra***

María, finalmente, anunció la Palabra; mostró a su Hijo al mundo. En primer lugar, a su esposo San José, el hombre justo a quien Dios quiso hacer cabeza de su familia en la tierra; a su prima santa Isabel, en aquella visita que se apresuró a hacerle en la montaña. Ofreció su Hijo a la adoración de los pastores en la noche de Navidad; lo manifestó al mundo en la persona de los Magos. Siguió anunciándolo desde el hogar de Nazaret. Lo presentó a las gentes en la vida pública, siguiendo la línea que adoptó al comienzo de la misma y que recordábamos hace unos instantes: «Haced lo que él os diga».

Con su acompañamiento al pie de la cruz quiso ofrecerlo a Dios y revelarlo a todos como el Cordero que quita el pecado del mundo. Al sostener su cuerpo exánime sobre su regazo, quería manifestar que la muerte verdadera a la que se había sometido terminaría en la victoria gozosa de la Resurrección. Alentó la fe de los Apóstoles en la espera pentecostal del Espíritu Santo.